

En *Las Hilanderas*, una obra de teatro de Martín Elizondo, dos penélopes tejen y destejen un tapiz que representa la piel de toro, ese pergamino arrugado y sucio que simboliza la Historia de España. Las tejedoras continúan su labor hasta que descubren agazapados en la trama del lienzo los viejos fantoches del pasado, esa España negra y solanesca que asoma siempre por sorpresa. Este tétrico guiñol parece la inevitable constante de la Historia, un cajón hediondo que siempre termina abriéndose.

Hoy se celebran en Sevilla unas jornadas dedicadas a «Todos los nombres», un proyecto que consiste en una base de datos sobre represaliados por el franquismo para su consulta por internet. En «Todos los nombres» están las microbiografías de una galería de desaparecidos por culpa de una memoria que

aún permanece en suspenso. Un álbum de sombras, de espectros, una teoría de la tanatografía.

Los correos electrónicos de esta base de datos son como un mapa desesperado. Nietos, hijos, sobrinos que piden información sobre estos fantasmas del destiempo. Correos que llegan de Francia, Suiza, Argentina o Australia. Esos correos de familiares que preguntan, hartos ya de silencio, muestran un español perdido y mal escrito, porque a estos nie-

HOY JUEVES

EVA DÍAZ PÉREZ

La historia sin culpables



tos lejanos sólo les queda el idioma como un eco lejanísimo y ausente.

El proyecto «Todos los nombres» está creciendo en internet con

historias increíbles. Y todo eso, a pesar de los asesinos de la memoria, de esos fantoches del pasado que vuelven a salir del tapiz de la piel de toro cuando Penélope comienza a destejer el hilo del olvido. Pero, ¿por qué vuelven a surgir los guiñoles? ¿Por qué hay quien se molesta por recordar a quienes fueron silenciados como

si nunca hubieran existido? ¿Por qué se ataca a este intento de dar información ante la ausencia evidente de canales oficiales? Aquí no se trata de reinventar la Historia, ni colocarse en una trinchera u otra, o rescatar un absurdo guerracivilismo incorporándolo a la actualidad política.

¿Es que no es posible la distancia histórica, la madurez para interpretar el pasado? ¿O es que quizás a la memoria silenciada haya que añadir otra asignatura pendiente: la del franquismo —uno de esos fantoches del pasado— que debería haber sido juzgado y no lo fue.

Es el problema de haber escrito una Historia sin culpables, por eso estos espectros que vagan por «Todos los nombres» siguen siendo como cicatrices que duelen con el mal tiempo.

eva.diaz@elmundo.es